

Nada nuevo

ES de esperar que la entrevista entre el presidente Pujol y el ministro de Economía y Comercio resultará provechosa, porque lo cierto es que la conferencia del señor García Díez el pasado jueves en el Círculo de Economía ha producido decepción. Como se decía en estas mismas páginas el jueves, y el señor García Díez reconoció, nada o muy poco nuevo puede decirse de las grandes variables macroeconómicas, que, en buena parte, nos vienen impuestas desde fuera.

Pero el señor García Díez sí podría haber explicado una serie de cosas. Por ejemplo, por qué el equipo económico del Gobierno insiste, a través de su pequeño ejército de subsecretarios y directores generales, en filtrar a un periódico madrileño importantes medidas económicas —liberalización del sistema financiero, reforma de la imposición indirecta— para comprobar las reacciones de los afectados y modificarlas sobre la marcha. O si existe una política económica definida que se vaya a dejar instrumental a las comunidades autónomas. O si a ese caos del sector público, que el ministro tan claramente denunció, se le va a poner coto y de qué forma. O, en fin, si el marco de actuación de nuestro comercio exterior va a reflejar la dureza de los mercados internacionales, no por supuesto a través de guerras comerciales, que en nada nos beneficiarían, pero sí adoptando concretas y energéticas bases de negociación con nuestros socios comerciales. Otra vez será.

El nuncio de una nueva etapa

EL nuncio apostólico, Antonio Innocenti, ha sido recibido en Madrid con una expectación y una cordialidad que no tuvieron sus inmediatos predecesores. La especial sensibilidad de la comunidad católica del país hacia las orientaciones pontificias y el interés de los grupos políticos por las repercusiones que en su campo pueda tener la andadura eclesial explican en buena parte el clima creado.

El relevo en la Nunciatura de Madrid es un acontecimiento complejo y de no fácil interpretación; en él, en efecto, se ha hecho caso omiso de normas tradicionales y se ha producido un infrecuente traspase de cargos entre el nuncio saliente y el entrante. La no concesión de la púrpura cardenalicia a Luigi Dadaglio, al término de trece años de gestión inteligente en una etapa tensa y delicada de la vida española, ha sorprendido e incluso disgustado al Gobierno de Madrid. Dejando otras posibles consideraciones, parece —aunque los hechos serán los que deban confirmarlo— que el Papa actual, en éste y en otros relevos similares, ha decidido proceder con total libertad frente a las exigencias del escalafón o de la «carrera» eclesiástica.

A nadie se le oculta que monseñor Innocenti es el nuncio para una nueva etapa: la comenzada en toda la Iglesia con la llegada de Karol Wojtyla al Papado y la que comenzará en España con la elección —prevista para el próximo febrero— del sucesor del cardenal Tarancón al frente de la Conferencia Episcopal y de los restantes cargos directivos de la misma, prácticamente en su totalidad. En la agenda de trabajo del nuevo nuncio se acumulan diversas cuestiones nada fáciles: una cierta «recomposición» de la comunidad católica y de sus instancias de identificación y cohesión, para hacerse presente —comunitario y no a través de la mediación de partidos políticos y otras— en la vida y en la evolución del país; la preparación del ya próximo viaje del Papa a España; la provisión de importantes sedes que van a quedar vacantes en un futuro próximo —por ejemplo, Sevilla, Madrid y Tarragona— y, lo que es lo mismo, destacar los futuros líderes de la Iglesia católica en el país; la realización de la quinquenal visita «ad limina Apostolorum», que los obispos de España han de efectuar este año y de la que se espera constituya una ocasión que permita rehacer en Roma la algo maltrecha imagen del Episcopado.

Cabe la pregunta sobre las repercusiones del nuevo inquilino de la Nunciatura en nuestro panorama político. Ya se ha producido una primera reacción a sus declaraciones sobre el divorcio. Monseñor Innocenti es un diplomático profesional, con 22 años de servicio a la Santa Sede. Por lo mismo, cabe presumir que conoce bien tanto el ámbito legítimo como los límites de sus intervenciones y competencias en un Estado que no es confesional, pero que reconoce el principio de libertad religiosa en sus ámbitos personal e institucional.

Michel de Montaigne

Una vieja, afable, corrosiva compañía

ALGUIEN me llamó la atención, y con más razón que un santo. ¿Cómo yo, precisamente yo, puede pasar por alto el centenario de los «Essais»? Mis amigos conocen la devoción que siento por Michel de Montaigne, sólo compartida —en mi afrancesamiento fatal— por mi afecto por Rabelais y por esporádicas admiraciones a los «moralistas» y a los «libertinos». Daría la preferencia a Rabelais, escritor de una mala uva insuperada, humanista irónico y personaje desaprensivo. Pero, para los ratos suaves de la relectura, los «Essais» siguen siendo papeles insustituibles. Cada cual tiene sus clásicos: entre los míos, Montaigne. Y no porque Montaigne resulte, a estas horas, un clásico «vivo». Quizá sus páginas pesen demasiado, con su carga de citas, que raya con la pedantería. Quienes, por no haber sido seminaristas, tenemos una idea bastante vaga del latín de la buena época, hemos de acudir a las notas del editor para mantener el hilo de su argumento. Y, además, cuenta excesivos chismes grecorromanos, que los siglos se encargaron de banalizar. No está nada mal todo eso, y sobre todo ahora, cuando el analfabetismo cunde y de qué manera!... Montaigne comenzó diciendo «yo».

«Yo soy la materia de mi libro...». Algo así escribió, para no engañar a nadie. El «yo», hasta entonces, había sido privativo de los poetas líricos. Tal vez tenga algún precedente, pero no importa. Montaigne se puso a escribir sobre todo lo humano y parte de lo divino a partir de su «yo»: de su «yo» convertido en «materia» de libro, de un libro de prosa, y sin pretensiones. Sospecho que fue una revolución. Y es lo que atribuye el mejor encanto a su mamotreto. De los poetas le separaba una concepción del «yo» diáfana: no se ceñía a las congojas sublimes del amor o de la muerte, ni casi las atendía, sino que hablaba de esa preciosa vulgaridad que es el vivir de cada día, la guerra, el sexo, las enfermedades, el crimen, la propiedad, las supersticiones... ¿De qué no escribió Montaigne? Las sucesivas ediciones de sus «Essais» amplia-

ban la temática, y pocas veces cayó en la trampa de la filosofía. Me refiero a la «filosofía» como Dios manda. De eso se ocupó luego Descartes: «Cogito ergo sum», con el «ego» elidido. Montaigne divagaba al azar de un comentario o de una anécdota. Y añadía aquello de «Que sais-je?».

MONTAIGNE tampoco estaba demasiado seguro de su «yo», y, si no me equivoco, lo calificó con el espléndido adjetivo de «ondulante». O sea: todo lo contrario del «yo» de los filósofos. Se acercaba más a los poetas, pero los poetas —genio aparte— suelen ser tontos. ¿Qué es ser «yo»? La pregunta, en abstracto, y para un altísimo porcentaje de la población, no cuenta. De hecho, el drama de la identificación personal pertenece más bien al área de la psicología. Más de una vez he aludido a dos pasajes célebres: uno de «El rey Lear» y otro de «Don Quijote», con dos locos que lanzan el mismo interrogante. «¿Quién soy yo?». En el fondo, sería obligado trasladarnos a otro terreno: «¿Por qué soy yo?». De un día para otro, ese «yo» ¿en qué se reconoce? ¿Por la memoria? Afortunadamente, nadie se preocupa de ello. Uno se acuesta y se levanta sabiendo que es «él», o sea, «yo». En buena lógica, no está tan claro el asunto. Gertrude Stein sostenía una afirmación encantadora: «Yo soy yo porque mi perro me conoce». Kant, Hegel y demás familia se habrían escandalizado ante la frase. Y sin embargo... ¿A qué viene esa petulancia de considerarnos «yo» —filosóficamente—, si no hay un mal perrito que nos ladre?

EL «yo» de Montaigne era «ondulante»: es decir un «yo» preanarquista. Ignoro si el autor de los «Essais», individuo conservador y apacible, ha sido contemplado desde este ángulo. Pienso en lo que supuso la ruptura con el «ego» presuntamente estable y coherente. El «yo» de los poetas es igual. Pero el «yo» de los filósofos es una entele-

quia aparentemente racionalista. Nada hay menos «racionalista» que lo que se presenta como absolutamente racional. La «razón» es la «razón», desde luego, pero es además el reuma, el dolor de muelas, los cálculos renales —Montaigne los sufría—, un hipertiroideo defectuoso, el frío que Descartes procuraba mitigar con una estufa famosa... Y mil cosas más. ¿Convendrá decir que un «racionalismo» a ultranza corre el peligro de ser «irracional»? Nunca se sabe. Dejo la discusión en el aire, y no sin aprensión. Porque va y luego los filósofos te salen con el «ente», la «intuición», la «nada», la «dialéctica», el «tiempo», y muchas más zarandajas. Me temo que en las obras completas de Hegel no sale, ni incidentalmente, la migraña. El «racionalismo» de Montaigne es «racional» en tanto que «ondulante» es su protagonista: el hombre.

O la «condición humana». La novela de Malraux tiene, de entrada, una cita de Montaigne, que insinúa la idea de que la «condición humana» queda inscrita en la peripécia de cada vecino. ¿Y por qué no? No hay una «condición humana» histórica a secas, pero la hay. Ese entusiasmo por la perpetuación de la especie, que nos llevará al suicidio colectivo, ¿pertenece a la «condición humana» o no? Los clásicos antiguos casuísticamente distinguían entre lujuria y matrimonio, o castidad, o lo que fuere. No corren por ahí esos vientos. Pero, más allá de la lucha de clases, de los sistemas de producción, y de sus modos, y todo eso, la «historia», subsiste la impertérrita biología. El «materialismo histórico» fue un gran hallazgo, al que me apunto: saludos a Herr Marx. Sólo que no es suficiente. Y que no se me reproche que Montaigne era «ondulante» porque era «burgués». «Ondulante» es el burgués y el proletario y el último pastor que toca el caramillo. Montaigne, al enunciarlo —más que denunciarlo— ponía el dedo en la llaga...

Lean, lean ustedes los «Ensayos»...

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Las fiestas, para todos

Señor Director:

La noche de Reyes los grandes almacenes y la mayoría de los comercios cerraron puntualmente sus puertas al público. Dicen que la razón es de orden laboral: los empleados de aquellos establecimientos no quieren trabajar la noche de Reyes alegando que también les pertenece. ¡Qué duda cabe! Pero también pertenece a los empleados del metro, de la telefónica, de los hospitales, etc. Y como alguien dirá que estos servicios son imprescindibles (lo que puede ser así, y puede no ser así, pues todo depende del motivo de su uso), añadiremos a la lista los empleados de las cafeterías, gasolineras, espectáculos, etcétera.

Si los empleados de aquellos comercios son consecuentes con sus principios, la noche de Reyes no deberían hacer uso de ningún servicio que fuese atendido por personal asalariado, pues a éstos la noche de Reyes también les pertenece. Hay planteamientos laborales que tienen más de egoísmo que de justa reivindicación.

Jordi VILADOT I PUIG

¿Crisis de vocación educativa?

Señor Director:

En los sectores burocráticos del Estado, Educación, Sanidad, etc., tenemos buenos profesionales, pero no son ni suficientes, ni son la mayoría.

Actualmente los obreros/asalariados españoles, estamos soportando huelgas reivindicativas del personal diplomado de Educación EGB, Formación Profesional, BUP, COU, porque quieren ganar más e igualarse con otros funcionarios de la Administración (dicen los coordinadores) y mantener su poder adquisitivo.

¿Se han parado a pensar que los padres de sus alumnos contribuyen, con los impuestos que pagan, a pagarles dichos sueldos?

¿Han reflexionado que la media de nuestros sueldos es inferior a la que perciben ellos?

¿Que los asalariados de empresas privadas están sufriendo una angustia diaria, al no saber el su empresa aguantará la crisis, o el empresario se cansará y cerrará cuando le dé la gana?

Señores funcionarios de Educación, ustedes dicen que no cobran tanto como merecen sus diplomas, pero perciben sus sueldos con una seguridad y la garantía del Estado, ya que ese patrón nunca quiebra ni suspende pagos.

Escogemos con preferencia para la publicación —íntegra o condensada según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara, que pueden aparecer firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

A los asalariados privados nos exigen cumplir una jornada laboral de presencia y de rendimiento, con fiestas pagadas y otras que hay que recuperar; tenemos vacaciones pagadas y otros permisos retribuidos o no, según nos marque el Reglamento vigente en cada sector.

Ahora que se habla tanto de transparencia informativa, contesten ¿cuál es su jornada laboral obligatoria, de presencia en los institutos, por ejemplo? Referida a la diaria y a la semana de cinco días.

Además de su presencia, ¿imparten calidad en la educación?

¿Por qué salen tantos alumnos con malas notas y preparación mediocre de sus aulas?

Estamos de acuerdo en que todos queremos terminar con la degradación de la enseñanza estatal, y han de dar una enseñanza óptima a todos los niveles, pero han de ayudar a ello, y han de ser educadores vocacionales, eficientes y, sobre todo, más humanos en el trato a sus alumnos, ya que no manufacturan objetos, sino que están formando a los futuros ciudadanos de España, hombres y mujeres, que serán lo que ellos habrán querido que sean.

J. R. CASAJUANA

Declaración pública sobre «Televisión Catalana»

Sr. Director:

Queremos llamar la atención de los ecclonistas de Televisión Catalana, S. A., y del pueblo catalán en general sobre la desorientación de que son víctimas en esta campaña de descrédito de unos hombres y de un equipo cuyo delito ha sido haberse avanzado a «algunos» en el proyecto de una televisión catalana.

Nos duele el espectáculo que se ha dado en esta campaña orquestada. Creemos que han sido desbordados los límites de la corrección y se ha entrado en el ámbito de la maledicencia. Si se tratara de una empresa cualquiera no quisiéramos entrar ni salir. Pero se trata de un tema delicado y fundamental para la revitalización de Catalunya. En una sociedad democrática contemporánea no hay libertad de expresión si la televisión —el más grande y poderoso medio de comunicación de masas— no es libre.

Cuando unos montepíos funcionan

Señor Director:

Mi marido, sueco, jubilado y residente en España, recibe cada año a principios de diciembre una circular de su Montepío, notificándole en cuánto ha sido fijado el aumento del coste de la vida para el año que va a comenzar, y, por tanto, en cuánto se le incrementará la jubilación. Esta vez la circular informa de que en las reuniones celebradas hasta esa fecha no se ha conseguido llegar a una cifra definitiva que, de momento, parece será de un 13 %, pero que en sucesivas reuniones esperan poder lograr un 15 %. Hacen saber, pues, que el jubilado puede contar con un 13 % seguro de aumento, y que antes de fin de mes, comunicarán el resultado definitivo de los acuerdos tomados.

Me permito notificar tan magnífica comunicación entre Montepíos y jubilados, para ver si «quien corresponde» toma nota de tan cívica actuación.

Comentando esto mi marido con un amigo suyo español, éste le contestó con mucha gracia que si algún día le nombraban presidente del Consejo —«lo que Dios no quiere», añadió— mandaría a sus ministros por esos mundos, provistos de una libretita y un bolígrafo, para tomar nota de todas las innovaciones dignas de copiarse.

María G. DE SKJOLDEBRAND

¿Crisis?

Señor Director:

Como contraste de un sector muy amplio que vaticina que nuestra aguda crisis se prolongará y que urgen imponer severas medidas de austeridad, «La Vanguardia», en su edición del pasado día 6, publica una sabrosa noticia de que el señor Martín Villa, ministro de Administración Territorial, ofreció a los representantes del Gobierno autónomo vasco en la comisión de transferencias un almuerzo de veinticuatro (24) platos, en la sede de su Ministerio, en Castellana, 3, el muerzo que duró más de tres horas. ¡Buen provecho!

Sin duda alguna, tienen más partidarios los «realistas» de las comilonas que los «pesimistas» de la crisis.

José MARTI